

Carta al Andarín Félix Carvajal

Ramón Fernández Larrea

INSOFOCABLE ANDARÍN FÉLIX CARVAJAL:

Carteros como tú ya quedan pocos en la Isla. Y eso que cada día se vuelve más a lo biológico, al disfrute de andar, aunque lo del pito en la boca siempre ha estado presente. El culto a la pierna, mientras no sea de puerco, es un rescate loable en el esfuerzo de los que siguen echando a perder las cosas en el país. Como todo lo van pensando con los pies, pues se les da relevancia. Fíjate que las ideas más grandes y disparatadas, las que salen de la cazuelita del que más piensa, y que casi siempre se titulan «medidas», son precisamente una especie de medida del pie: un pie de rey.

Parece que tú te olías el vendaval que se acercaba, porque no le hacías ascos a lo de andar a pierruli, en la guagüita de San Fernando, cartereando por todo San Antonio de los Baños con el Servicio Postal. Y eso de Servicio y Baños me da una rara nostalgia en la vejiga. Andar, andar, palante y palante sin desviar recursos, bajo el indio sabroso de principios de siglo, que tenía sus defectos, pienso yo, porque, aunque había casi más gallegos en la Isla, aquellos trabajaban, no estaban gozando la papeleta en la playa, viviendo como Carmelina, que ahora pienso que gastan más el sol con el turismo.

Pero lo tuyo era heroico de verdad, todo el santo día zangoloteando por ahí, que es verdad que a principios del siglo xx San Antonio no tenía tanta gente, ni todo el mundo recibía cartas. Unos pocos tal vez, porque nadie tenía familia en la Yuma para las remesas familiares, que ésas son las buenas, las cuadradas. Las redondas no dejan vivir a nadie.

Y como más o menos los que podían requerir de tus inquietos pieses eran dos grupos medio clandestinos y como que aficionados, te quedaba tiempo libre para «devorar distancias», como dicen los poetas, pues seguías dándole a la pata, aunque todavía no se había inventado el Micocilén. Uno de los grupos era una especie de agrupación de comunistas, de los primeros que empezaron en Cuba a tener problemas de bujías en el cerebelo. Pero éstos se agrupaban en misterio y se citaban con claves y se guiñaban los ojos de un modo raro cuando tomaban café en el parque. Estoy casi seguro que éstos no andaban recibiendo correspondencia ni panfletos. Y como lo que recorría Europa era un fantasma, parece que les llegaban las cosas por vía espiritista. O usando

Radio Bemba, que ha sido la primera y más usada emisora radial entre nosotros. Y la más efectiva. Por lo menos no tupe. Y la única que no se encadena cuando uno que yo me sé se pone a hacer gárgaras de aguarrás.

El otro grupo eran los abakuás, que estaban menos ñeques que los anteriores, y también se comunicaban por claves. Pero eran claves más musicales, con las que se gozaba y se respetaba y se protegía. Que con el tiempo el primer grupo se llenó de más diablitos que los propios íremes de los segundos, y hasta se volvieron mayimbes, daban palos y te llevaban pa' la loma.

Así fue que, como al final San Antonio de los Baños te empezó a quedar chiquito para estirar las piernas, y aún no se caminaban los 62 kilómetros para demostrar nada, tú mismo te embullaste para participar en las Olimpiadas, que iban a ser en la ciudad de San Luis, pero en la que se pronuncian las eses, allá en U.S.A., en un estado que se llama Missouri, y era el año 1904, que faltaba bastante para los dos ciclones. El del 26 y el otro.

Me asombra que no se te demorara mucho la tarjeta blanca y todavía desconozco quién te hizo la carta de invitación, porque según tengo entendido tú ibas por libre, es decir, que no te mandaba ninguna federación, que eso me tiene medio lelo. Nada, te salió del mondongo, y allá se fue Vicente. Pero me enteré de que el dinero lo recaudaste corriendo en los parques. Y todo parece indicar que lo hacías solo, sin nadie atrás sonando el silbato o gritando «ataja» o «párate», ni nadie en la delantera con un pollo en la mano. Al natural y porque sí. Que eso me suena a tener yunfa, estar bien relacionado. O que en esa época las cosas estaban tan en pañales que hasta existía ese albedrío. Y eso que no era ya la prehistoria, cuando los hombres se vestían con pieles y se refugiaban en las tabernas.

Y allá te zumbaste a New Orleans, la cuna del jazz. Y te diste una vida del tasajo, sacrificado, entrenando para la competencia, entre mujeres, licorcitos, vudúses y música. Hasta que jazz no pudiste más y se esfumó la pasta. Y estri-lao y todo metiste la segunda, pusiste proa a Sant Louis, que es como se dice en el lenguaje olímpico, dando cañandongas con las botas cañeras, a pata todas unas 700 millas, que en la actualidad te hubieran reportado como 38 diplomas de esos de la milicia que se ponen amarillos maliciosamente.

Pero claro, ya el día de la carrera pasaron cosas que un cartero de San Antonio de los Baños no tiene preparadas de antemano. La primera era el uniforme, que siendo cubano no te ibas a poner a sudar el mono deportivo y echarlo a perder, si eso da tremenda pista para salir de noche y opacar a los nativos. Y querías meter maratón vestido de cartero y todo. Sin la bolsa, claro, pero con la camisa de mangas largas y los pantalones de franela. Y menos mal que uno de allí haló por las tijeras y cortó por lo sano, y te hizo un recorte presupuestario para que andaras fresco como una lechuza. Pero con las botas puestas.

Ahora en la Isla hay uno muy bicho, mandarín él, pero nada Carvajal. Y ése soltó las botas para la marchita y se ha puesto unos popis blancos a los que no se les ve mucho la chapa. Que deben ser marca Tortoló, con los que se puede dar sánsara un buen trecho. Y a mí me gustaría que alguien lo ayude al

pobre, como a ti, y saquen unas tijeras y le empiecen a recortar las mangas —que las tiene largas cantidad— y sigan dando chas chas a ver que hay debajo.

Y lo otro fue ponerte por delante un árbol de manzanas. Con la brisa que pasabas, en medio del placatán placatán detrás de los treinta que te madrugaron, y que fuiste despalillando con tus botas postales, uno a uno. Y a lo que hiciste le ronca el mango, porque a pesar de la jartera de manzanas verdes para quitarle aire a la paila, llegaste cuarto, con tu cara de cartero feliz y olímpico y los retortijones a cuestras.

Que en aquella época le decían colitis a la tripa chillando, cuando la colitis, para mí es otra cosa, aunque la tripa ande por medio.

Estudiando tu caso ya me explico por qué en Cubita la bella han suprimido las manzanas del camino, verdes o maduras, para que no haya tentaciones en la marcha forzada hacia esa ninguna parte que dicen se llama porvenir. Porque lo que ha de ser veneno puro es arribar a ningún lado con dolor de barriga. Que tenemos una serpiente muy inteligente con otras promesas.

O parece que se suprimieron las manzanas solo para sustituirlas por las guayabazas que meten los medios informativos, ese árbol de troncho torcido, porque no pueden esperarse peras del olmo, que en un combate indiológico son mucho más útiles las champolas mentales. Eso explicaría por qué te han relegado al olvido. Sigues siendo un mal ejemplo para los demás, moviéndote incansablemente de un lugar a otro, maratoneando por tu cuenta, entrando y saliendo cuando se te antoja, rompiendo los esquemas de absoluto orden que da la inmovilidad. Que uno piensa en ti y le resbala la noticia de los cartelitos de «No pase si no es empleado».

Y para colmo de los malos ejemplos, queda tu hazaña. Si un hombre llega en cuarto lugar con dolores de barriga, cómo será cuando la caja del pan se normalice. Y más ahora que las únicas manzanas que han puesto en el camino son la de Gómez y la otra más perjudicial: la de la discordia. Y ésa uno sabe quién la mantiene verdecita.

Echando un pie como Juan Pescao,

RAMÓN